

# Ideas pedagógicas de S. Juan Crisóstomo

Nos referimos exclusivamente a las orientaciones y normas pedagógicas dadas por San Juan Crisóstomo en su obra *De la vanagloria y de la educación de los hijos* y dividimos este estudio en dos partes: en la primera veremos la mente del Crisóstomo acerca de quiénes han de ser los educadores y de la responsabilidad que sobre ellos pesa, y también las cualidades que a éstos les exige; en la segunda, la amplitud de esta educación y los medios que propone para una formación adecuada de la *inteligencia*, de la *voluntad*, de los *sentimientos* y de las *pasiones*.

## 1. EDUCACION Y EDUCADORES

«Educar es cooperar con la gracia divina a formar el perfecto y verdadero cristiano»<sup>1</sup>. Definición acertada y suficientemente clara para comprender, sin necesidad de extendernos en una mayor exposición de los conceptos pedagógicos, que no puede darse una educación verdadera y total, si ésta no es cristiana.

En este sentido recto de la educación, San Juan Crisóstomo insinúa un verdadero tratado de Pedagogía. Su libro *De la vanagloria* es un compendio de principios y de doctrina, una urdimbre de moniciones y de consejos a los educadores y a los educandos, encaminados a formar la *inteligencia* y la *voluntad*, a

---

1. Pro XI, Enc. *Divini illius Magistri*, n. 8; Colección de Encíclicas Pontificias, Buenos Aires, 1952, p. 1206.

dirigir los *sentimientos* y las *pasiones* de la juventud, para que se hayan como cristianos perfectos, huyendo del pecado y fomentando la virtud, de modo que se capaciten para la consecución del fin, en que está el galardón que Dios concede al hombre perfecto. El hombre *perfecto* es la meta suprema de toda educación.

A) *Quiénes han de ser los educadores.*

Es la misma ley natural la que impone a la familia el derecho y la obligación de educar a sus hijos, como complemento de la procreación. La Educación, dice Pío XI en la Encíclica ya citada, corresponde «ante todo a la familia, instituida inmediatamente por Dios para un fin suyo propio, cual es la procreación y educación de la prole» <sup>2</sup>.

Juan Crisóstomo, muchos siglos antes que el Pontífice, con claridad meridiana, declarase esta doctrina, había leído en la naturaleza misma este derecho y este deber de los padres, y había meditado y ponderado el empeño de Dios en la educación, tantas veces manifestado en las Sagradas Escrituras y sancionado con sus preceptos <sup>3</sup>. Es más, había sentido en el alma el aguijón del dolor, al presenciar la insensatez y la locura con que los padres preparan, con sus vanidades y ambiciones ton-tas y con la ausencia de toda formación positiva, al niño blando y afeminado, al joven voluble y caprichoso de después, al hombre intemperante y corrompido del mañana [16, 17] <sup>4</sup>.

2. Enc. *Divini illius Magistri*, n. 2, Col. cit., p. 1187:

3. A lo largo del cap. IV de su *Discurso III Contra los Impugnadores de la Vida Monástica*, estudia el Crisóstomo los lazos de naturaleza y los preceptos que Dios impuso a los padres para que educasen a sus hijos, y hasta la culpabilidad y el mérito que derivan del descuido o del cumplimiento de estos deberes. Este *Discurso* se encuentra en SAN JUAN CRISOSTOMO, *Tratados Ascéticos*, Texto griego, versión española y notas de Daniel Ruiz Bueno, BAC, Madrid, 1958.

4. Los números que aparecen en el texto entre corchetes indican los capítulos del tratado *De la Vanagloria*, incluido en dicha obra ya citada de la BAC, cuyo texto griego y traducción sigo.

Por eso no se cansa de repetir, en todos los tonos, la necesidad y la obligación de los padres de ir modelando ya «desde la primera infancia» [18] esa alma del niño, blanda como la cera, susceptible de cualquier forma [20, 21, 25], para hacer de él «un atleta de Cristo» [19 y *passim*]. Unas veces es el tono duro de la represión [18], otras veces es la amenaza del castigo, que Dios dará a los negligentes; ahora pondera las recompensas de Dios al padre consciente de su responsabilidad [5], y más tarde se entretiene en repetir los goces y los beneficios que redundarán a él de esa misma educación [20, etc.]; llega incluso hasta el ruego, el ruego suplicante del que sufre por los daños que aquellos que son llamados a remediarlos se aferran en no querer ver: «Yo no ceso de exhortaros —gime más bien que dice— rogándoos y suplicándoos que antes que todas las cosas, eduquéis bien a vuestros hijos» [19].

El principal responsable de esta obligación familiar, el artífice de esta ciudad, en la que reina la paz y la concordia, la belleza y el orden, que es el alma del niño bien formada (es metáfora suya, [23 ss.]) es, para nuestro Santo, el padre, el cabeza de esa, pequeña pero transcendental, sociedad de la familia. A él corresponde vigilar y castigar [31]; a él atañe buscar para sus hijos la servidumbre apropiada [37, 38]; a él, el llevarle de la mano a la Iglesia para oír la palabra de Dios [41]; él personalmente debe ir alimentando su inteligencia con doctrina sana y formando su voluntad y sus sentimientos con los ejemplos de la Sagrada Escritura y la narración de las vidas de aquellos que, en cualquier orden, sobresalieron en la virtud [39 ss.].

En esta labor educativa ha de ser ayudado por la madre, que repetirá al hijo las mismas enseñanzas [32], que asistirá a las lecciones del padre para corroborarlas con su asentimiento y «alabanzas» [39]. Incluso el ayo, el acompañante y cuantos conviven con el niño deberán ser fieles colaboradores del padre de familia [32], para que, formando todos un único ambiente, manifestando un mismo criterio, lleguen a hacer de aquel niño un hombre perfecto, que es el fin de una sabia pedagogía.

No desconoce San Juan Crisóstomo el papel que corresponde

a la Iglesia en la educación de los hijos, cuando manda al padre que lleve su hijo a la Iglesia para que en ella aprenda y «entienda mejor» aquellas enseñanzas que en familia ha recibido. «Sacará de ello gran provecho» porque estas doctrinas que ha ido asimilando gracias al esfuerzo y a la autoridad de la familia, las verá corroboradas por la autoridad de la Iglesia y las fijará en su memoria para siempre [41].

### B) *Cualidades de los educadores.*

San Juan Crisóstomo, en la obrita que comentamos *De la vanagloria y de la educación de los hijos*, compara, en bella imagen, al educador con el pintor y el escultor [22]. Parece revelar una simpatía especial hacia estos artistas, que para su arte noble precisan una preparación exquisita, un trabajo fino y esmerado, una atención constante a su obra, una paciencia abnegada para mirar y remirar, grabar y borrar lo grabado, corregir, cuidar el detalle y tantas otras menudencias que hacen que el cuadro o la escultura sean perfectos. Y estos no hacen más que animar el lienzo o dar vida al mármol; pero el educador da vida al espíritu y forma en el educando al Hombre-Dios. Por eso, si aquellos necesitan tantas cualidades y virtudes, mayores necesita el educador, el padre o la madre, a quienes la naturaleza ha instituido pedagogos.

Cuatro cualidades señala como esenciales al educador, que coinciden con los postulados de la pedagogía moderna:

1) *Conocimiento del educando.* — Conocer bien sus dotes naturales, sus inclinaciones, sus pasiones, sus cualidades personales, para poder acomodarse a ellas y ejercer una influencia eficaz. Observación atenta y diaria exige el Crisóstomo al educador para que no pase ventaja, que la naturaleza ofrezca, sin aprovechar, ni inclinación mala sin enderezar [22]. 2) *Amor.* Los educadores a quienes se dirige San Juan Crisóstomo son los padres. Por ello, cuando les exige amor, no insiste, lo supone. Pero va más allá: les exige incluso mimo, como el pintor y el escultor miman sus obras, caricias, besos, abrazos. «A veces —di-

ce— habrá que acariciarlos» [30]. «Besémosle —dice en otro lugar— mientras le hablamos así, abracémosle y estrechémosle en los brazos, para darles prueba de nuestro cariño» [78]. 3) *Ejemplo*. — La primera condición que debe poner el maestro, porque el ejemplo arrastra de tal forma, que no hay razón más convincente, ni voz que hable e impresione tanto como la vida del educador. Y, si esto puede decirse de cualquier educador, con mucha más razón de los padres respecto de sus hijos, ya que para éstos la mayor autoridad está en el ejemplo de los padres: la experiencia enseña que los hijos son, en general, según aprendieron a ser en el ambiente familiar; lo otro es casi excepción. Por eso San Juan Crisóstomo exige virtud en los padres: «el padre —dice— si no por otro motivo, siquiera por no echar a perder el modelo, tiene que ser cada vez mejor» [70]. 4) *Firmeza y dulzura*. — Firmeza en guiar al educando hacia su perfección, firmeza en hacer cumplir lo preceptuado, sin dejarse vencer jamás por la sensiblería, aunque haya que usar de la severidad para amenazar o para castigar, si es preciso [30]. Las malas inclinaciones de la naturaleza exigen, a veces, una mano dura e intransigente que las enderece [24, 26]. Pero siempre mezclada con la dulzura, con la suavidad, con el amor: está bien el castigo cuando se merezca, pero prémiese también el mérito. «Así —dice San Juan Crisóstomo— gobierna Dios mismo el mundo, por el temor del infierno y por la promesa del Reino. Y así también hemos de formar nosotros a nuestros hijos» [67].

## 2. AMPLITUD Y MEDIOS DE LA EDUCACION

San Juan Crisóstomo en su obra *De la vanagloria...*, tiene un objetivo especial. No trata de formar un hombre para una actividad profesional determinada, ni siquiera de formar un hombre para el desempeño de la política o para la defensa de los intereses de la patria. Su objetivo no está puesto en ninguna actividad puramente humana. No. Sus consejos van encaminados a una educación total del hombre cristiano, a un perfeccio-

namiento, como ya se dijo antes, que coloquen al ser humano en un estado de capacidad para conseguir el fin del hombre, la Gloria. Se trata, pues, de una educación religioso-moral. En qué consiste esta educación lo ha expresado magníficamente R. Blanco en su *Teoría de la educación*: «Educar religiosamente —dice— es formar del *todo* al educando, para dedicarle del *todo* a Dios..., es desarrollar las facultades sensitivas para que el niño pueda conocer y amar las maravillas de la creación; es perfeccionar el entendimiento para que el niño sepa quién es Dios y conozca sus soberanos atributos; es desenvolver la voluntad para que ame a Dios y se someta a su Ley; y es preparar al hombre para que con su lenguaje glorifique a Dios y para que le honre hasta con los productos de su trabajo». «Por esto, la educación religiosa no sólo ha de ser la base y cúspide de toda construcción educativa, sino también su armadura y su trama»<sup>5</sup>.

*Formación del entendimiento*, por la sólida y recta instrucción de las verdades incommovibles y básicas de la Religión; *formación de la voluntad*, para amar y respetar la Ley divina, son, para R. Blanco, no sólo los dos puntales, sobre los que debe apoyarse toda construcción educativa, sino también «la armadura y la trama» de la misma. El Crisóstomo todavía añadirá otros dos que serán como los sostenes de aquéllos: la *formación de los sentimientos*, que darán calor y vida a las ideas frías de la inteligencia, y la *formación de las pasiones*, que darán impulso y vigor a las resoluciones de la voluntad. Veamos brevemente y por separado cómo el Crisóstomo desarrolla esta doctrina.

#### A) *Formación de la inteligencia.*

Es imprescindible en una educación religiosa la *instrucción*. Es necesario proporcionar a la inteligencia del niño, del adolescente y del joven, con un gran sentido de adaptación a su

---

5. RUFINO BLANCO Y SANCHEZ, *Teoría de la Educación*, Madrid, 1930, T. II, c. 30, n. 2, p. 639.

capacidad <sup>6</sup>, una instrucción religiosa recta y sólida, que le permita viajar por la vida con la seguridad del que conoce el camino, sin titubeos y sin dudas, del que sabe discernir las posiciones verdaderas de las equivocadas y falaces.

El Dogma, la Moral, los medios de santificación y la Historia Sagrada son temas a los que concretamente alude San Juan Crisóstomo en su obra, en la que, por su mismo carácter, no puede descender a hacer una enumeración completa y exhaustiva de las materias a enseñar. Pero, por otra parte, no ha olvidado mencionar los puntos principales, siquiera sea «per summa capita», en los que es imprescindible que el hombre sea instruido. A saber:

1) Las grandes verdades en las que se apoya nuestra Fe: la Omnipotencia de Dios, para quien nada es imposible; la Omnisciencia divina, por la que las mínimas acciones, buenas y malas, de los hombres no pasan desapercibidas; la Justicia con que ha de justipreciar los méritos y deméritos humanos; la doctrina sublime de la resurrección, en la que se afianza nuestra fe, se engendra la esperanza y se aumenta la caridad [39, 40].

2) Las verdades del Cielo y del infierno, verdaderas fuentes del bien obrar y de vida espiritual [52, 58].

3) Los medios más esenciales de santificación, como la vida de piedad y la oración [18, 80].

4) Y no falta tampoco la enseñanza de todo el montaje sobrenatural de la vida del hombre, que se basa en la Gracia santificante [52].

5) Y todo esto con llaneza y con verdad [52]; no con mitos ni cuentos de viejas [38]; sino basándolos en una fuente segura, la Sagrada Escritura [39], que, tanto en el Antiguo como

---

6. En el cap. 52 revela San Juan Crisóstomo un fino sentido psicológico, al distribuir la materia a enseñar, teniendo en cuenta la edad y la mayor o menor dificultad de las doctrinas. Sería interesante poder entretenerse en estudiar las normas que da acerca del método y modo de exposición de las mismas enseñanzas: móviles del interés, artificios para la atención, preguntas, diálogos, repeticiones, pausas, etc., etc. [39, 40, ss.].

en el Nuevo Testamento, ofrece un camino seguro [52] y un tesoro inexhausto de verdades.

B) *Formación de los sentimientos.*

Complejo campo este de los sentimientos del hombre, al que dedican los psicólogos y pedagogos atención especial. «El sentimiento es un fenómeno psíquico de carácter subjetivo, que impresiona de modo agradable o desagradable al sujeto que conoce o que tiende hacia algo»<sup>7</sup>. Esta subjetividad, que hace de los fenómenos del sentimiento un dominio tan personal, encierra el nudo de su complejidad. Pero, prescindiendo de meternos en la profundidad de estos conceptos y en el análisis de los mismos, que corresponde a otro campo o a un trabajo de mayores dimensiones que el presente, sí que habremos de admitir, con todos los autores, el valor y la transcendencia que la vida sentimental o afectiva tiene en la vida total del hombre, de la que el complejo dominante de los sentimientos viene a ser como su expresión o resumen, hasta el punto de que, para calificar la conducta de una persona, se apele con frecuencia a lo que éstos son: «persona de buenos sentimientos», «persona de buen corazón», etc., o al contrario.

Tampoco este campo de los sentimientos escapó a la fina observación de San Juan Crisóstomo, y a la formación de los mismos dedica páginas importantes. Veamos lo que sobre algunos de ellos dice.

1) *Sentimiento estético.* Póngase al alma en contacto con lo bello, créese en ella esa capacidad de gozar las bellezas de la naturaleza, del firmamento, del río, de la llanura, de los prados, de los montes, de la pujante floración, de un amanecer o una puesta de sol, de todos esos armoniosos y cambiantes conjuntos que cantan y alaban la Belleza del que «yéndolos mirando,

---

7. CONSUELO SANCHEZ BUCHON, *Pedagogía*, Madrid, 1957, P. II, c. XVIII, n. 1, p. 412:



con sola su figura vestidos los dejó de hermosura»<sup>8</sup>. Póngase en contacto con el arte en cualquiera de sus manifestaciones; contemple la belleza moral de las almas de los santos, de los héroes, de los hombres preclaros y virtuosos; y todo ello irá abriendo el espíritu a la belleza más alta y le irá acercando a la Belleza absoluta, a Dios, de quien toda belleza deriva [59].

2) *Sentimiento de la dignidad y del propio valer*. Debe fomentarse cuidadosamente, haciendo que el niño y el joven se estimen en lo debido y se respeten. Pero ha de enseñarse y mostrarse bien al educando, afirma San Juan Crisóstomo, en qué consiste el verdadero valor y la verdadera estima: La ventaja en la virtud es ventaja en la dignidad: «Cuidado, pues, no seas esclavo de tus esclavos. Porque si te enfadas como ellos y obras en todo como ellos y en nada les llevas ventaja en cuanto a la virtud, tampoco se la llevarás en cuanto a la dignidad» [71].

La dignidad no está tampoco en ser grande en riquezas<sup>9</sup>, ni en lujos, ni en pasatiempos [16, 17], ni siquiera en tener muchos criados a sus pies [70], sino en la grandeza de las buenas costumbres y de los valores humanos y espirituales [17, 71].

Bueno es para el cristiano el sentimiento de su gran dignidad, para que, estimulándose y valorándose en lo debido, no se rebaje. Pero a la vez que ha de desarrollar este sentimiento noble y justo, estimulador de grandeza, debe precaverse, para que no degenera en soberbia, orgullo refinado o hipervaloración. Para ello hay que fundamentar al educando en otro sentimiento básico:

3) *Sentimiento de verdadera humildad*. Consiste en que el hombre conozca su valor real y cuanto de bueno tiene; pero que sepa que cuanto es y vale, a Dios se debe: De él proviene nues-

---

8. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Vida y Obras*, BAC, Madrid, 1955, Cántico Espiritual, Canciones, estrofa 4, p. 904.

9. *Paralelo entre el Monje y el Rey*, n. 4 (BAC, O. c., p. 539). Muchas veces habla San Juan Crisóstomo en sus obras de la pequeñez y caducidad de las riquezas.

tro ser; de él, los valores reales que en nosotros hay; de él, todo el complejo sobrenatural que nos informa; de él, todo beneficio; y de nosotros, toda maldad y todo pecado, todo error y toda desviación, y cuanto entorpece la marcha ascendente de la educación. Todo ello será siempre un motivo a tener en cuenta, cuya sola consideración bastará para proporcionarnos ese sentimiento de la humildad.

*Egocéntricos* llaman los psicólogos a estos sentimientos que llevamos reseñados. Pero distinguen otra categoría de sentimientos que llaman *altruistas*, atendiendo a la tendencia a que se unen. Son los que acompañan al amor de benevolencia en sus distintas variantes. Que el hombre deje de mirarse a sí mismo, para mirar a los demás; que deje de convertirse en centro de todo lo que le rodea, para darse y volcarse hacia sus semejantes. Las Obras del Crisóstomo rezuman por todas partes sentimientos altruistas: volcarse a los demás, predicar e instruir a los hombres, ejercer en ellos el apostolado, gastar las energías del sacerdocio en servicio de nuestros hermanos. ¡Qué acentos tan patéticos y tan humanos se perciben en sus discursos y en sus consejos, cuando ve a los hombres tan distraídos y tan cerca del abismo!

Pero limitándonos al libro *De la vanagloria...*, que estudiamos, bajo dos formas de sentimientos deja expresados sus consejos pedagógicos en esta materia.

4) *Sentimiento de igualdad y de hermandad*. Como antídoto del egocentrismo, y a la vez incentivo al altruismo. A cada paso repite el Crisóstomo que hay que enseñar al niño a no ser insolente con el criado o con el esclavo, pues ambos tienen la misma naturaleza, y que no existe otra esclavitud que la del pecado, mandándole «que trate a los criados como a hermanos y enseñándole las leyes de la naturaleza. Repítele —sigue diciendo a los padres— las palabras de Job: ...”¿Acaso, como fui yo formado en el vientre no lo fueron también ellos? En un mismo seno fuimos formados” (Job, 31, 13-15)» [72].

5) *Sentimiento de caridad*. Citaré solamente esta frase su-

ya que encierra solemnidad y ambición santa: «No estamos hablando de menudencias. *Trazamos la constitución de la tierra entera*. Enséñale también, si tiene hermano, a preferirlo a sí mismo; si no tiene hermano, al criado; pues también esto es altísima filosofía» [74].

### C) *Formación de la voluntad.*

Un estudio psíquico más profundo del hombre, una visión del funcionamiento interno de sus potencias y sentimientos, de sus pasiones y movimientos, de las influencias mutuas, y de la urdimbre compleja de las acciones y reacciones del psiquismo del hombre, nos llevaría a la conclusión de que toda educación se hace por la voluntad. Sin ella la labor educadora se hace imposible. El hombre, es cierto, tiene muchas facultades, pero ninguna inútil ni intrínsecamente mala. La esterilidad y la malicia viene de la mala utilización que de ellas hace la voluntad.

De aquí que el problema central de la educación es el problema de la formación de la voluntad.

Transcendental importancia de la voluntad en la educación, que no pasó desapercibida a San Juan Crisóstomo, cuyo afán es (así se muestra a través de su obra) educar la voluntad por el recto uso de la libertad, haciéndola verdaderamente dueña y señora de toda la vida psíquica, a la vez que sometida a la voluntad de Dios, para formar los «verdaderos atletas de Cristo».

Y para esto propone que se enseña ya al niño la jerarquización que existe entre los valores. Que no piense que es oro puro lo que apetece, porque brille, que también brilla el oropel [3]. Tendrá que dejar de mirar a las cosas deleznable para poner ante su vista un ideal luminoso y elevado, motivo total y permanente de su actuar. Dios, el Cielo, las promesas, con que ha llenado de esperanza nuestra vida, cumplidas son el ideal tantas veces propuesto por nuestro Pedagogo [85].

Para lograr que la voluntad sea dueña de toda la vida psíquica, que sea ella la que, ilustrada por la razón, gobierne y dirija y no sea gobernada y dirigida por las pasiones, es necesario echar mano de la disciplina, del adiestramiento, que tan

poderosamente influye en la consecución de esa cualidad que llamamos «fuerza de voluntad». El ejercicio del «niégate a ti mismo» del Evangelio ha de comenzarse en la niñez, cuando no ha tomado aún hábitos viciosos que pugnarán fuertemente contra su voluntad, y es, en cambio, materia fácil para la adquisición de hábitos virtuosos [20, 21, 22]. Por eso procúrese no fomentar un ánimo caprichoso y voluble por condescendencias improcedentes. Al contrario, sepa ya vencerse a sí mismo. «De este modo empezando por lo pequeño sabrá también soportar los daños mayores» [73]. No habrá de portarse como una chiquilla débil y blanca, atraída por pendientes y perfumes, sino como un varón fuerte, que, despreciando los halagos y comodidades, siga de frente a la consecución de lo arduo y de lo difícil [16]. No halagos ni vida blanda, sino sobriedad [63] y austeridad [70], con que, a la par que sus carnes, va curtiéndose su espíritu; al mismo tiempo que sus músculos se desarrollan y fortalecen, se vigoriza su voluntad.

Y, finalmente, para no alargarnos más, aludimos a la idea de la *mortificación*, tan a flor de labios siempre en toda predicación del Santo, como algo querido y amado por aquel que, dejándolo todo, se fue a la soledad para vivirla intensamente. No puede faltar como elemento esencial en la formación de un carácter recio, que pretende ser el de un atleta de Cristo [79 y passim].

#### E) *Formación de las pasiones.*

Sabía muy bien el Crisóstomo que, aunque la voluntad, inteligentemente educada y dirigida, es muy potente y hasta cierto punto puede admitirse «el querer es poder», no podía, sin embargo, olvidarse la realidad del pecado original con todas sus consecuencias de apetitos y concupiscencias en lucha perenne contra ella: las *pasiones*.

Pasiones, en Psicología, son los movimientos del apetito sensitivo, que se divide en dos especies, bajo las cuales se agrupan todas ellas. Estas especies son: el apetito *irascible* y el *concu-*

*piscible* <sup>10</sup>. De ambos apetitos se ocupa San Juan Crisóstomo, si bien, a veces, no con todo el rigor terminológico de hoy.

a) *Pasión de la ira*. — Pertenece al apetito irascible que tiene por objeto lo arduo y difícil de alcanzar. El mal arduo presente engendra la ira. San Juan Crisóstomo habla de *ira* siempre, pero en el concepto, muchas veces, se está refiriendo a todo el apetito irascible, al que debe educarse para el bien, «porque estas pasiones —dice— son como madres de los pensamientos» [65].

El apetito irascible tiene, como todo apetito, dos direcciones: una que nos arrastra hacia el bien, hacia la virtud; y otra que nos lleva al mal, al pecado. San Juan Crisóstomo, como cualquier pedagogo moderno o cualquier autor de Teología Ascética, propone un doble camino de educación:

1) *Represión de esa tendencia hacia el mal*. Apartando toda causa: ambiente, ocasión, influencia externa, pensamientos [*passim*]; impidiendo con energía toda manifestación de la pasión [69]; dándole, en cambio, objetos distintos en que ejercitarse [69, 24].

2) *Orientación del apetito hacia el bien*. «Esta pasión ni ha de arrancarse totalmente del joven, ni ha de consentirse que en todo momento le dé rienda suelta. Hay más bien que educarlos desde la primera edad, de manera que..., ataquen también valientemente y defiendan al ofendido en la manera conveniente». «¿Cómo conseguir esto? Ejercitándose los jóvenes en los propios esclavos, sufriendo sus desprecios y no irritándose cuando son desobedecidos» [66, 67].

Y sigue dando consejos a los padres de que incluso les presenten ocasiones de enfado para ejercitarles en el dominio de la ira [68].

b) *Pasión de la concupiscencia*. — Se advierte al Santo hon-

---

10. ANTONIO ROYO MARIN, O. P., *Teología de la Perfección Cristiana*, BAC, Madrid, 1954, n. 195, p. 407:

damente impresionado por los males que en las almas y en la Iglesia está causando esta pasión. Le llega a lo hondo de su espíritu el dolor de asistir a una generación donde reina el vicio, que campea a sus anchas en cualquiera de las esferas sociales. No puede soportar la indiferencia de los padres, a quienes no preocupa en absoluto la educación de sus hijos en este sentido. Le sangra el alma al presenciar, de una parte, el desfreno de las vidas, la degradación de las costumbres, la inmoralidad de los espectáculos, la abundancia de incentivos al mal; y, de otra, la pequeñez de miras y la ausencia total de la mortificación. Su alma se siente agujoneada por su celo de Pastor, para clamar «opportune et importune», en frase del Apóstol, contra tanto libertinaje.

Nada extraño que gran parte de la Obra la dedique a trazar un programa de salvaguarda de la virtud de la castidad.

Como en la represión del apetito irascible, propone aquí, para cortar la inclinación al mal, apartar todas las causas que actúan como incentivos de la pasión, y que penetran en nuestra alma por los sentidos. A una ciudad compara el alma del niño [23], cuyas puertas son los sentidos, «por las que se corrompen o se enderezan nuestros pensamientos» [27]. Tenerlas bien cerradas a toda ocasión «sería el fundamento, educación y orden de toda la tierra» [53, 54, 62, 63].

Húyase de todas las ocasiones, ciérrense las puertas a todos los incentivos exteriores, pero no se descuiden los interiores. También dentro del niño, en su imaginación, en su mente, brotarán los enemigos que lucharán a muerte para hacerle presa de su inmundicia. No ceda jamás ante tentación alguna, aunque tenga que dejarse jirones de carne en la lucha [76 y ss.].

Presente a la pasión objetos distintos en que ejercitarse. Es consejo constante acá y allá repetido: La naturaleza con sus encantos [59], el placer de la conversación honesta [62, passim], la amenidad de la lectura de libros recreativos e instructivos [59], incluso la hermosura de la esposa futura ataviada con las galas de la virtud, han de ser el objeto de sus deseos y en los que puede saciar sus ansias de gozar y de amar.

Pero, no sólo vencer la pasión, sino, mejor, superarla, subli-

marla. Por encima de los atractivos de la carne, de los deseos y amores terrenales, hay atractivos de mucho más alto valor, capaces de enamorar el alma del joven y de saciar sus ansias de gozar: Dios y sus promesas divinas [79, 83], la hermosura de la Gracia que eleva y embellece al alma [61, 62], el encanto fascinador de la virginidad, perla preciosa, buscada con ansiedad por el buen mercader y adquirida a costa de cuanto tiene: «Ya os he dicho otras veces que la causa de que la maldad se haga difícil de arrancar está en que nadie les habla de la virginidad, nadie les dice una palabra sobre la castidad, nadie sobre el desprecio de las riquezas y de la gloria, nadie les recuerda las promesas que tenemos en las Escrituras» [17].

#### F) *Medios sobrenaturales.*

Y, ahora, para terminar este breve estudio y sucinta exposición de la metodología del Crisóstomo en la educación de la voluntad y de las pasiones, y, en general del hombre entero, aludimos a los medios sobrenaturales, que él exige con insistencia.

La pugna de los apetitos contra la voluntad, derivada del desorden del pecado original, es de tal modo fuerte y constante que hacen a aquélla tambalearse ante sus embates y desfallecer, al fin, en tan continuada lucha, si no echa mano de los auxilios sobrenaturales, por muy pertrechada que se encuentre de todos los medios naturales a que hicimos alusión.

La voluntad, por sí sola, no puede observar ni siquiera la totalidad de los preceptos de la Ley natural. ¡Cuánto menos podrá, por consiguiente, elevarse a la excelsa perfección, a que por gracia está el hombre llamado! En consecuencia, la oración, la piedad y la búsqueda constante de estos auxilios sobrenaturales de la Gracia, los considera imprescindibles para fortalecer y perfeccionar la voluntad y hacerla verdaderamente señora de la vida psíquica y pasional. «Enséñale a ser sobrio, a vigilar, a velar para la oración y a poner el signo de la cruz en todo lo que diga o haga» [22]. Y en otro lugar: «Educa un atleta para

Cristo, y aun permaneciendo en el mundo, enséñale a ser piadoso desde la primera edad» [19].

Aún añade San Juan Crisóstomo un consejo, digno de nuestros tiempos: trato con el sacerdote. «Hay otro preservativo de la castidad: vea el niño continuamente al que preside la Iglesia y oiga de él muchos elogios y ufánese de ello el padre delante de todos los que los oyeren» [83].

## CONCLUSION

Antes de terminar este breve estudio, quiero referirme a una objeción que se ha puesto a esta Obra del Crisóstomo, si no para rebatirla, si, al menos, para explicarla y justificar así la postura del Santo.

Se ha dicho que toda ella está dominada por un cierto sentido negativo, que se opone a los postulados de la educación cristiana, que, como toda educación, no puede partir de una concepción negativa de los valores humanos, sino que ha de apoyarse en unos principios positivos, sobre los que se levante el edificio sólido del hombre real, que surge y se alza hacia la perfección por el cultivo positivo de sus aptitudes naturales, realzadas y revalorizadas por las no menos positivas aptitudes sobrenaturales.

Habremos de admitir la objeción, pero con reservas:

1. No faltan elementos positivos en su obra educativa: Positivos son las enseñanzas con que debe instruirse la inteligencia del niño, sacadas de la Sagrada Escritura. Positivos son los principios de la dignidad y del propio valer; de la igualdad de los hombres y de la caridad, en los que basa la formación de los sentimientos. La jerarquización de valores que establece entre los bienes terrenales y espirituales, el ideal que el joven ha de tener presente en el obrar, la virilidad que desde la niñez ha de mostrar, son medios positivos en los que principalmente ha de basarse la formación de la voluntad. Y en cuanto al dominio de las pasiones, en que cierta represión —elemento ne-



gativo— resulta, a todas luces, imprescindible, no faltan directrices tremendamente positivas, que el Santo inculca con verdadero celo y tesón: examen de las mismas tendencias naturales para aprovecharlas; orientación de los apetitos hacia el bien; superación y sublimación de los mismos por la consecución de objetos e ideales de mayor valor real y positivo: tales como la reivindicación de los derechos y de los bienes del prójimo; el bien de la castidad, y hasta de la virginidad; la Gracia, las promesas divinas. Todos ellos los propone como fuentes sublimes en que saciar las tendencias de los apetitos humanos.

La oración y la piedad, el ejercicio de la caridad, para no extendernos más en esta enumeración, deberán ser, a juicio del Santo, como se ha visto, los más valiosos y los mejores instrumentos de su perfección. Y éstos, en verdad, nada tienen de negativos.

2. Si, ciertamente, tenemos que admitir cierta tendencia a fustigar y reprimir, a apartar de las ocasiones y del trato con elementos peligrosos, a cerrar las puertas de los sentidos para que por ellos no se entre el mal, y todo esto, acaso, con cierta insistencia y exageración, no se le puede tildar por eso de una mentalidad de sola represión. Basta una mirada serena al ambiente y a las circunstancias de su tiempo, a la ocasión del discurso, al mismo estado psicológico del orador, para encontrar en ello la explicación.

San Juan Crisóstomo no se presenta aquí como un pedagogo, que escribe serenamente un tratado completo y ordenado de Pedagogía; ni siquiera como un teólogo, a quien podemos exigir precisión en los términos y premisas y rigor lógico en las conclusiones; sino que se presenta como un orador, mejor, como un Pastor celoso, que ve el daño que sufre su pueblo y quiere poner el dedo en la llaga, aunque duela, con ansia de curar el mal como sea, sin preocuparse demasiado de esterilizar las tijeras y las gasas, detalles, quizá fundamentales, pero propios de una cura más reposada.

Prescindiendo de las circunstancias doctrinales de su época, de las controversias dogmáticas del siglo IV, que llenan la Igle-

sia de confusión y de discordia, basta leer el capítulo 8 de su *Discurso III Contra los Impugnadores de la Vida Monástica*, para percatarse de la amplitud que el vicio y la degeneración habían alcanzado, para darse cuenta del estado deplorable de las costumbres en aquella «espantosa Sodoma de la Antioquía del siglo iv», donde él ha crecido <sup>12</sup>.

Nada extraño que, ante este espectáculo, el Crisóstomo se sienta inclinado a fustigar y a reprender, a clamar contra el vicio y contra el pecado, a cortar el mal, que es real y ocasión de ruina inminente para las almas, desde las mismas raíces del mismo, que él coloca en la falta de educación de los hijos. Teniendo en cuenta estas circunstancias, pueden dispensarse perfectamente sus consejos, a veces, un tanto represivos. Además, ¿qué importa que se exceda en la poda, si no descuida el cultivo?

SANTIAGO ABENGOCHEA, Pbro.

---

11. DANIEL RUIZ BUENO, en la *Introducción* a las Obras de San Juan Crisóstomo, BAC, p. 10.